

CAPÍTULO 1

DEL SENTIDO Y EL SINSENTIDO DE LA HISTORIA

A Dier Groh por su 65 aniversario

Quien le exige un sentido a la historia tiene que exponerse a la pregunta por cuál es su concepto opuesto: ¿el sinsentido o la insensatez? Con esta alternativa se decide de antemano lo que debe ser entendido bajo «sentido», pues «insensatez» es una expresión neutral que evita la pregunta sobre el sentido, y yo me inclino a reforzar esta posición en beneficio de la historia. El «sinsentido» permanece, como negación de «sentido», ligado al ámbito de lo sensorial. Por el contrario, «insensatez» abre otra dimensión que la ciencia histórica, desafiada a buscar el sentido, y con ello *eo ipso* también el sinsentido en la historia, no es capaz de superar. A continuación no se preguntará acerca del sentido de aquella ciencia que se ocupa de la «Historia». Por lo tanto, aquí no se discutirá sobre el sentido y el sinsentido de la Historia como ciencia, si bien esta de buen grado se avenga a restarle sentido a la llamada historia y a dosificarla con diferentes censuras.

I

Existe una colección epistolar de combatientes en Stalingrado que no regresaron a casa, pero cuyos mensajes –en cierto modo necrológicas de sí mismos– fueron llevados a Alemania con los últimos paquetes postales¹. Goebbels retuvo este correo con la esperanza de poder editar una selección de cartas heroicas, de testimoniar la heroicidad de aquellos que habían desaparecido. Estos cuatro o cinco sacos, que contenían un

¹ *Letzte Briefe aus Stalingrad*, Fráncfort y Heidelberg, Die Quadriga, 1950 (Gütersloh, Bertelsmann, 1954²) [trad. esp., *Las últimas cartas de Stalingrado*, Barcelona, Península, 2007].

par de miles de cartas que jamás fueron entregadas a sus destinatarios, han legado un sinfín de interpretaciones que intentaron en vano darle un sentido a la catástrofe. La escala de variantes de su contenido va desde la desesperación absoluta, pasando por comentarios sarcásticos y observaciones irónicas, seguido de *bon mots* cínicos de esos próximos moribundos y también noticias letárgicas y distantes, hasta llegar a señales de humildad o profunda piedad. Predominan el desvalimiento y el desamparo, y tan solo se encuentran algunas pocas adhesiones al régimen nazi, cuyas consignas de resistencia habían inundado los medios públicos oficiales. Nos encontramos por lo tanto ante un amplio y disperso espectro de percepciones de aquel acontecimiento tan crucial y sobre el cual a día de hoy se nos instruye a través de miles de libros, películas o cintas de vídeo. Aquello que hoy tendemos a interpretar en todas partes como insensatez o como sinsentido ya fue en su momento provisto de significado por los testigos de esa época, antes de su muerte, aunque inútilmente —la realidad de la batalla no se lo iba a permitir. Lo único fastidioso de esta apasionante colección de fuentes es que se trata de una falsificación. Fue un hombre de la propaganda bajo el mando de Goebbels el que en efecto tenía conocimiento de estas últimas cartas, pero aquellas que publicó las escribió de su propio puño y letra. Su edición alcanzó la segunda tirada, su compilador permaneció en el anonimato y también mis intentos por desenmascarar al falsificador quedaron sin resultado, ya que su editor lleva mucho tiempo muerto. Los indicios que revelan la falsificación no necesitan ser comentados uno por uno. Lo realmente excitante es que la falsificación en sí tuviese tanta resonancia. El envío ficticio de las cartas fue suficiente para convencer a los lectores de que en Stalingrado imperaba la «falta de sentido» y que así lo percibían los implicados. En apariencia el público lector compartía con efecto retroactivo el mismo horizonte de experiencias que el falsificador, versado estilísticamente, había sacado a la luz. Todas las interpretaciones ideológicas del lenguaje propagandístico de su tiempo se desvanecían en esa dirección.

Tan solo existe un motivo por el que retrospectivamente se quisiera honrar también el «sentido» de Stalingrado como una acción racional orientada a un objetivo: en ese caso se trataría de un motivo puramente

militar. Por medio del hundimiento del 6º Ejército se logró que las tropas atrapadas en el Cáucaso pudieran escapar a tiempo, esto es, en el transcurso de aquellos dos meses en los cuales el *Kessel* fue encorsetado y aniquilado. La muerte de los soldados de Stalingrado aseguró en este sentido la supervivencia de las tropas que lograron salvarse cruzando el Don. Sería ciertamente prepotente afirmar que esta finalidad secundaria de la mortífera lucha representó el sentido primario de la batalla de Stalingrado.

Puesta en el contexto general del transcurso de la guerra, la batalla de Stalingrado gusta representarse a día de hoy como una peripecia, como el principio del final de la guerra mundial alemana. Por supuesto, los historiadores políticos y militares discuten sobre si la peripecia no debería situarse antes de Moscú en 1941 o si no debería encontrarse ya mucho antes, sin haber sido visible en su día, en la decisión misma de iniciar la campaña rusa. Se trata de la apasionante pregunta (en especial la de Ernst Topitsch²) sobre si la campaña rusa podía ser justificada racionalmente. Como golpe preventivo contra las intenciones expansionistas de Stalin –con el horizonte de experiencia fijado en la victoria alemana contra Rusia en 1917–, no debe interesarnos aquí. Vista a largo plazo, la peripecia del transcurso de la guerra puede ser datada ya antes del estallido bélico en 1939, porque teniendo en cuenta la constelación mundial el hundimiento ya estaba contenido en su inicio. En ese caso, la guerra entera no solo carecería de sentido, sino que desde el principio sería también descabellada respecto a los cálculos racionales y al embellecimiento de sus fines. Stalingrado se convierte entonces en un síntoma de aquella guerra de agresión útopicamente motivada cuyo transcurso condujo finalmente a la Segunda Guerra Mundial y que, desatada por causas ideológicas, se exime en realidad de una racionalización política o militar. El criterio de la insensatez está contenido así en la crítica ideológica a los planes raciales y de expansión territorial de Hitler, tal y como los había manifestado abiertamente en *Mein Kampf*.

² Cf. E. Topitsch, *Stalins Krieg. Moskaus Griff nach der Weltherrschaft*, Herford, Busse-Seewald, 1985.

Si tomamos como referencia esta medida, otras interpretaciones pueden ser entendidas como una institución de sentido; por ejemplo, si son argumentadas teológicamente. Una vez llevados al ámbito de las interpretaciones teológicas, todos los acontecimientos se dejan proveer con un sentido, ya que cada uno de ellos puede explicarse con argumentos de la teodicea. Si un hombre bueno es recompensado, es un regalo de Dios; si un hombre bueno es castigado, se trata de una advertencia. Si el malo es gratificado, se trata asimismo de un aviso, porque en los designios de Dios no todas las faltas deben ser castigadas; si finalmente el malechor es castigado, se trata de una justicia niveladora. Así que desde un punto de vista teológico, todo puede ser interpretado como razonable, y existen por consiguiente una gran cantidad de argumentos parecidos que acompañan a todas las guerras. En la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, los periódicos católicos no escatimaron con la tradicional explicación de que la guerra debía ser sufrida porque era un castigo de Dios a la soberbia humana. La concordancia de este tipo de interpretaciones para los creyentes es innegable, aun cuando no ofrezcan argumentos racionales en el sentido de afirmaciones científicamente demostrables. Para un creyente son irrefutables, es decir, se encuentran, en palabras de Popper, más allá del discurso científico.

Otro método para inquirir retrospectivamente acerca del sentido de la batalla de Stalingrado sería, como ya se ha apuntado, reconstruir toda la planificación militar. En ese caso, «Stalingrado» es el resultado de un grandioso error de cálculo; no solo el resultado de una desmesurada planificación utópica, sino el de una irracionalidad racional que pone en evidencia la absurdidad de la batalla. Quien conoce a Federico el Grande y sus escritos encontrará alrededor de veinte páginas sobre la historia de Carlos XII de Suecia que, como es sabido, había encontrado en Poltava su particular Stalingrado³. Federico demostró en pocas páginas que ninguna potencia europea podía ganar una guerra contra Rusia. Y tanto Napoleón como Hitler jamás hubieran empezado sus respectivas guerras

³ «Réflexions sur les talents militaires et sur le caractère de Charles XII, roi de Suède», con trad. al alemán en *Aufklärung und Kriegserfahrung. Klassische Zeitzeugen zum Siebenjährigen Krieg*, ed. de J. Kunisch, Fráncfort, Deutscher Klassiker Verlag, 1996, pp. 547-587.

contra Rusia si hubiesen leído este texto de 1759 –a pesar de la experiencia contraria de 1917, a la que Hitler y sus generales podían al menos acojerse—. Sin embargo, Federico, que poseía no poco talento táctico y estratégico, lamentablemente no pudo transmitir a sus sucesores su argumento racionalizador. De haberlo hecho se hubiera evitado –quizás– la muerte de millones de soldados, pero más aún, el asesinato de millones de civiles.

Cabe referirse a otro aspecto en la historia de la recepción de Stalingrado, ya que ha adquirido un nuevo significado a raíz del *Historikerstreit*. ¿Pueden el sentido y la finalidad de Stalingrado dar una respuesta al simultáneo y continuado exterminio judío? En este caso la pregunta sería: ¿hizo Stalingrado aumentar o más bien disminuir los asesinatos de judíos? Evidentemente hubo un aumento en los excesos de aniquilación, pues el presagio escrito sobre los muros de Stalingrado no frenó en ningún momento las acciones continuadas en Maidanek, Treblinka, Auschwitz y sus semejantes.

Si se parte de que la peripecia de la guerra entera estaba contenida desde su inicio, la batalla de Stalingrado y el exterminio judío pueden relacionarse recíprocamente. Si el enfrentamiento en Stalingrado resulta ser, en la secuencia puramente militar de la guerra, el resultado de un ofuscamiento racional, y si se demuestra que la exterminación judía iba más allá de los ideogramas nacionalsocialistas, siendo esta un sinsentido, es más, un absurdo, entonces ambas secuencias de acontecimientos tienen, por mucho que se diferencien entre sí, una raíz común. Su origen se encontraría antes de la guerra. Puestas simultáneamente, ambas concatenaciones de acontecimientos no deben ser referidas la una a la otra de manera causal. La batalla de Stalingrado no fue librada porque se ejecutaran las acciones de exterminio en el *Hinterland* –y Stalingrado no tuvo lugar para hacer posible Auschwitz. Pero ambos sucesos tienen su causa común en la ideología de redención sedienta de víctimas y de exterminación racial, que en la cosmovisión del nacionalsocialismo se complementaban y se fortalecían mutuamente. Así pues, si la zoología política entendida como posición fundamental de Hitler precedía a sus decisiones individuales, y si la teoría racial de la ideología nacionalsocialista tomó posesión de su prehistoria, entonces se transformaban, por

así decirlo, los lugares de ambas concatenaciones, convirtiéndose en nombres cargados de simbolismo, sin que por ello un suceso pudiera derivarse del otro.

Hasta qué punto la semántica racial había penetrado incluso el lenguaje de la burguesía lo atestigua Thomas Mann en sus discursos dirigidos al pueblo alemán en el otoño de 1942, cuando informó por primera vez sobre los gaseamientos de judíos. A los autores del crimen los llamaba «cafres» y «hotentotes» de las SS⁴, cuando ni mucho menos el color negro del uniforme de las tropas SS justifica la menospreciable metafórica etnológica. Los clichés raciales se adentran en el seno mismo del lenguaje de la alta burguesía. Estos formaron parte de la red de condiciones que posibilitaron la catástrofe.

Si ahora se dirige la mirada hacia el otro lado, hacia la Unión Soviética, se puede determinar en primer lugar que los soldados tuvieron que soportar ahí el mismo frío, la misma hambre, el mismo miedo, antes de que quizás intentaran encontrarle un sentido a la batalla. Miles de desertores en el lado ruso fueron fusilados. Aparentemente, los objetivos propagandísticos, cuyo finalidad consistía en proporcionarle un sentido a la liberación de los «cerdos» y «bárbaros» alemanes, no bastaron para motivar el sacrificio de estos soldados ni evitar tampoco los intentos de desertión. Pero la reputación de los liberadores está construida *ex post*, de manera que los que ahí habían desertado ya no podían ser monumen-

⁴ Cf. Th. Mann, «Deutsche Hörer! Fünfundfünfzig Radiosendungen nach Deutschland», Sendung vom 27. September 1942, en *Gesammelte Werke*, vol. 11, *Reden und Aufsätze 3*, Fráncfort, S. Fischer Verlag, 1960, p. 1053 [trad. esp., *Oid alemanes... Discursos radiofónicos contra Hitler*, Barcelona, Península, 2004]: «Existe un informe detallado y verídico sobre el asesinato de no menos de once mil judíos polacos con gas tóxico. Fueron trasladados a un campo de ejecución especial en Konin, distrito de Varsovia, los metieron en vagones herméticamente cerrados y fueron convertidos en cadáveres en menos de un cuarto de hora. Se conoce con detenimiento la descripción de todo el proceso, de los gritos y las oraciones de las víctimas y de las carcajadas de los bondadosos hotentotes de las SS, que le pusieron diversión a la ejecución». En este contexto, la expresión «cafres de las SS» no es demostrable. No obstante, Thomas Mann utiliza la expresión «cafres sanguinarios» algunas semanas después, en su discurso radiofónico del 24 de octubre, refiriéndose a Baldur von Schirach y a su discurso en el «Congreso de las Juventudes Europeas» de carácter nacionalsocialista en Viena; *ibid.*, p. 1057.